

EL SIGNO DE LA ESPERANZA

Antonio Manilla

El entusiasmo y decepción que nos producen las cosas se fundamentan en la relación o adecuación entre aquello que esperamos de ellas y lo que percibimos que nos entregan. Así, objetivamente, la desilusión es una traición a la esperanza y nosotros mismos tenemos bastante que ver con ella. Tal vez es inocente lo mirado de la mirada que lo contempla, pero ya no lo es tanto de las expectativas que sembró en el que mira, hablemos de lo que hablemos; de diez años de gobierno o de una revista literaria.

Precisamente este preámbulo viene a cuento de una revista literaria castellano-leonesa y editada en León, «El signo del gorrión», que llega a su segunda entrega. Vaya por delante nuestro respeto hacia ella y nuestra admiración hacia quienes en los tiempos que corren se afanan en tan laudable empresa. Pero de esa atención que ha despertado en nosotros nace una especial sensibilidad hacia su devenir. Siento que estos pequeños inconvenientes los tenga que sufrir la única publicación leonesa que en estos momentos tiene como propósito sacudir la modorra literaria de provincias, en la que León es un verdadero ejemplo para el resto del país, pero la función de crítico no consiste en dar noticia aséptica de lo que va apareciendo, sino en reconvenir sin acritud y con las luces de que dispone sobre aquello . que le interesa. Y en ello estamos.

Cuando recibíamos en estas, páginas la aparición del primer número de «El signo del gorrión» apuntábamos un reparo menor, referente a su formato, y uno mayor: la ausencia de una línea programática o criterio editor firme. Reclamábamos calladamente, no una información de contenidos (que siempre es en última instancia algún tipo de cortapisa a la creación de alguien), sino la coherencia que todo proyecto aunador debe conllevar. Y es que el principal peligro que acecha a «El signo del gorrión». es la contradicción.

En esta ocasión, por ejemplo, Moisés Mori divaga sobre «La ciencia antidolorista de Alberto Savinio», proponiendo la expulsión del dolor, como algo falso, de toda toma de postura estética. Aparte de lo animal o inhumano de esta propuesta, Moisés Mori llega a escribir: «Los esteticismos, esto es, los residuos y las supervivencias de cosas muertas», definición perspicaz donde las haya por la cual la tradición literaria o .una

fotografía o la memoria misma son esteticismos. Pero es que unas páginas más adelante Cristina Corredor Lanas estudia un poema de Pere Gimferrer, el académico veneciano que, como se sabe, es el representante por excelencia de la oposición española a los falsos esteticismos.

Con un filtro de selección más estrecho, creo que tampoco habrían pasado al papel la presentación que Miguel Casado hizo en Valladolid del poeta mejicano Gerardo Deniz (con las presentaciones, en las que está el autor al lado, ocurre como con las epístolas: están llenas de elogios, nunca se sabe si por un valor cierto o por respeto al interfecto), ni tampoco la obsesión mayor con un poeta menor de Luis Javier Moreno.

No obstante, algunas colaboraciones salvan al conjunto y nos hacen esperar confiados la salida del siguiente ejemplar, con la fe puesta en el nutrido y valioso consejo editor de la revista. Nos referimos, por ejemplo, a los poemas de Domingo Santos y José Miguel Ullán, a los de Luis Santana (tan influidos por los sansirolés de Agustín Delgado), al espléndido relato de Antonio Pereira.

Las sesenta páginas de este número (veinticuatro menos que en el primero) se completan con un cuento de Donald Barthelme, poemas de Manuel Padorno y la traducción de algunos de Umberto Saba que Esperanza Ortega vierte desde el italiano.